

Danny Miller

Besos para los malditos

Traducción del inglés de
Carlos Jiménez Arribas

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Para Josie Miller

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a Veronique Baxter y a David Higham por fijarse en este libro y darle todo su apoyo. A Krystyna Green y a todos en Constable & Robinson por sacarlo a la luz. A Cressida Ellis por leer con boli rojo los primeros borradores. A mi madre, Josie Miller, por ser una lectora voraz y servir de inspiración, y a toda mi familia y amigos.

Índice

Prólogo. Para siempre, Jack	13
1. Londres	19
2. Dios salve a la Reina	30
3. Brighton	37
4. Cuerpos	49
5. La dulce vida	67
6. Los modernistas	80
7. El arte	97
8. Albion Hill	110
9. Un día en las carreras	116
10. El Piel Roja	125
11. Oráculo	134
12. Pez espada	141
13. <i>La dolce vita</i>	159
14. El Sindicato Corso	172
15. El Gran Jefe de todos los tarados	179
16. El Holandés Gigante	187

17. Toc, toc	199
18. Un sindiós	205
19. Pobrecilla	216
20. El Cabeza	222
21. Una chica desnuda y una pistola	233
22. La Mujer Volcán	240
23. Servicio de habitaciones	248
24. <i>Rock and roll</i>	255
25. Un César de paja	273
26. Un fin de semana guarro	285
27. Muelles, maricones y maleantes	300
28. La gallinita ciega	304
29. El Blue Orchid	309
30. Los labios de Mae West	318
31. La mitad de todo	322
32. ¡Paf!	338
33. El almacén de accesorios más grande del mundo	347
34. La otra mitad	362
35. Bobbie y Vince, <i>pour toujours</i>	369
Epílogo. El detective	382

Prólogo

Para siempre, Jack

24 de diciembre de 1939. Brighton. En mitad de la noche.

El conductor miró por el retrovisor al hombre que encendía un cigarrillo con un mechero de oro en el asiento de atrás. Prendida la llama, pasó el pulgar por las palabras grabadas: «Jack, Pour Toujours». Era un regalo. La mujer sabía que le gustaría la inscripción porque Jack Regent era un hombre que dejaba su huella en las cosas: mandaba bordar sus iniciales en las camisas de la calle Jermyn, hacía inscribir su nombre en las pitilleras de plata de la joyería Aspreys y en los encendedores de oro Dupont.

Jack apagó la llama de un soplido y dio una lenta calada al cigarrillo, inhalando el humo denso del tabaco hasta lo más hondo de sus pulmones. Luego lo exhaló, y una firme columna de humo llegó hasta el espejo por el que lo observaba el conductor, Henry Pierce. Al verse sorprendido, Pierce desvió la mirada. Sabía que a Jack no le gustaba que lo miraran. Sabía que quería estar a solas con sus pensamientos. El cigarrillo era el primero que Jack saboreaba en libertad, y lo estaba disfrutando.

El coche, un Rover 8 de color granate de alta gama, modelo 1936, tenía tapicería de cuero rojo y salpicadero de nogal. Hacía menos de una hora que Jack había salido de la cárcel de Lewes, donde Pierce lo estaba esperando. Lo habían dejado en libertad muy pronto, por mediación del alcaide. En la prisión, Jack puso fin a una revuelta que él mismo había organizado: primero la incitó y luego la abortó de manera heroica. También salvó a un guardia de una paliza, paliza que él había ordenado, planeado y, al

final, evitado valerosamente. Todo estaba amañado y el resultado fue que le conmutaron una pena de siete años en una de dieciocho meses.

A Jack lo metieron preso por agresión con ensañamiento. Un corredor de apuestas no pagó lo que debía y acabó con la cara rajada. Jack dejó su huella. Aunque el arma elegida, una navaja, no era típica de él. Siempre pensó que las navajas eran cosa de críos, una cursilada de los ingleses. Había que dar un navajazo muy fuerte para hacer daño de verdad. Lo veía más para dar un aviso. Pero Regent no era partidario de andar avisando a sus enemigos, así que lo del corredor de apuestas lo tomaron como un error. Un error que juró no volver a cometer. Juramento que iba a mantener esa misma noche. Jack le dio una última calada al cigarrillo, luego lo apagó.

Era la señal para Henry Pierce. Pierce abrió la puerta del coche y abandonó el asiento del conductor. Una vez fuera, quedó expuesta toda su corpulencia: un metro noventa y cinco de estatura y más de cien kilos de peso. Una figura imponente enfundada en negro desde los zapatos de cuero ribeteados hasta el sombrerito de fieltro. Metió las manazas en los bolsillos del abrigo negro con cuello de terciopelo, sacó un par de guantes de cabritilla, negros también, y se los puso, como una segunda piel.

Henry Pierce había sido luchador profesional y sabía lo importante que era el vestuario, y también el espectáculo. En cierta ocasión fue de gira por todo el país y, ante carpas abarrotadas de público, representó el papel de piel roja. Salía al escenario disfrazado de pies a cabeza, con penacho de plumas, pintura de guerra y tomahawk al cinto, acompañado de su india, del tam-tam de los tambores y de los abucheos del público. Pierce era el malo diabólico del ring, un primer espada hasta que una noche se le fue la mano y casi mata a su oponente. Iba por la vida como si todavía estuviera en el ring y aún fuera el más malo de todos, el artista de circo. Solo había cambiado el penacho de plumas y los mocasines por la ropa negra.

El viento salado y cortante azotó la cara de Pierce, llena de suturas. Eran cicatrices de hacía años pero seguían sin borrarse, sonrosadas y pulidas. Una muy larga iba desde el lóbulo de una oreja hasta el labio de arriba, seccionándole ese cuarto superior de

la cara. Otra con forma de tela de araña le cubría un pómulo allí donde le habían clavado el cristal de una botella de cerveza. El ojo izquierdo parecía el huevo de un ave exótica en mitad del nido, un nido de cicatrices. Una esquirla de cristal se le había clavado dentro y le dejó el ojo vago, dándole la apariencia de un trozo de mármol moteado y gelatinoso, veteado de venas azules y rojas. A veces se ponía un parche, otras disfrutaba incomodando a la gente al mirarlos. Y, dado el tipo de trabajo en el que se había especializado, le valía como arma de intimidación, igual que un cuchillo o una pistola. Mucho tiempo atrás había decidido que le gustaba más el ojo malo que el bueno, pero comprendió que le hacía falta el ojo bueno para ver lo tremendamente desagradable que resultaba el malo. No lo cambiaría por nada, y mucho menos por otro ojo bueno. Así veía Henry Pierce el mundo.

Abrió la puerta de atrás.

Jack Regent salió del coche apoyando suavemente un pie sobre el pavimento y luego el otro con más contundencia. Tenía torcido el pie izquierdo; cojeaba un poco al andar, pero el pie deforme con el alza en el zapato no le hacía más lento, ni se veía por ello impedido en sus menesteres. Y, al igual que Henry Pierce, aprendió a aprovechar aquel defecto físico, aunque ir por la vida con la cara cosida a cicatrices no tenía tanta categoría como ser patituerto. Jack lo era de nacimiento, un don de Dios que lo distinguía de todos los demás.

Llevaba horas nevando y la ventisca había espolvoreado de blanco toda la calle. Luces de Navidad iluminaban con decoro una hilera de ventanas. Las altas casas georgianas alineadas a lo largo de St. Michael's Place habían conocido tiempos mejores, y acabaron divididas y convertidas en pisos sin ascensor. Viviendas de uno y dos dormitorios con el baño compartido ubicado en los destartalados corredores.

La puerta del número 27 lucía una corona roja y verde atada al llamador de bronce macizo. No estaba cerrada con llave y los dos hombres entraron a un pasillo en penumbra. Jack empezó a subir las escaleras sin dar la luz. Allí era donde más se notaba el alza, porque en cada escalón nivelaba el peso con el pie bueno y luego dejaba caer el otro con un golpeteo muy característico.

Cuatro pisos más y ya estaban en el descansillo al que dirigían

sus pasos. Jack se detuvo ante la puerta que estaba a punto de franquear y escuchó atentamente, pero solo le llegaba el sonido de su propia respiración, acompasada y tranquila. La subida no había hecho mella en él, ni le ponía nervioso pensar en lo que había ido a hacer allí. Retrocedió un par de pasos, levantó el pie torcido y lo estampó con todas sus fuerzas contra la puerta haciendo que la cerradura saltara por los aires.

Dentro se oyeron los gritos asustados de un hombre y una mujer sacados sin contemplaciones del sueño. Encendieron la luz en un dormitorio y la fina lámina que salía por debajo de la puerta iluminó débilmente el salón donde ya estaban Jack y Pierce.

Jack paseó la vista por la estancia, ajada y deprimente. A la moqueta se le veían los hilos, el papel de la pared tenía manchas de humedad y estaba descascarillado; los muebles eran repintados y baratos. En un intento de estar a la altura de las fiestas, habían puesto en un rincón un arbolito adornado con guirnaldas que cubría de agujas de pino el envoltorio de los pocos regalos a sus pies. Sobre la repisa de la chimenea había postales navideñas.

—¡Qué demonios es...! —Sonó la voz de la mujer que, temerosa, se levantaba en ese momento de la cama y echaba mano de una bata.

El pomo de la puerta giró. Jack entró en la habitación y la puerta se cerró tras él.

—¡No, por favor... Dios... No! —La voz, distorsionada por el pánico, subió como una crepitación hasta alcanzar el techo, pero no pasó de allí.

Jack la agarró del pelo y la arrastró hacia sí. Los mechones de la mujer eran de color castaño con un brillo rojizo, y envolvieron la mano de su captor como hebras de seda cuando la obligó a ponerse de rodillas. Tiró hacia atrás de su cabeza y el cuello largo y blanco quedó expuesto; los ojos verdes, abiertos y llenos de vida. Con la otra mano Jack empuñaba el mango de marfil de un cuchillo de hoja larga y fina. Los gritos de la mujer se transformaron pronto en gárgaras de sangre espumeante allí donde la hoja rebanaba sin demora ni piedad hasta cortar la espina dorsal. El cuerpo sin vida, partido casi en dos, cayó al suelo.

Jack desvió la atención hacia un rincón del dormitorio. Y allí lo halló agachado, hecho un ovillo en el suelo. Con los huevos

al aire y la espalda todo lo pegada que podía contra la pared del rincón. En la piel tenía el sudor reciente tras sus retozos con la mujer. Seguro que era un gallito, un engréido que se creía dueño de la situación en el momento oportuno. Aunque no era aquel el momento oportuno. Miró desde el suelo a Jack. La situación era inevitable, y eso en parte lo alivió de su miedo. Sabía lo que iba a pasar porque sabía quién era Jack Regent.

Jack le sostuvo la mirada mientras se acercaba a él, luego bajó despacio el cuchillo hasta situarlo a la altura de su cara. Con pulso firme colocó la punta de la hoja sobre la negra pupila del ojo castaño. La pupila se dilató y se contrajo, como una señal de emergencia que se enciende y se apaga. La punta perforó despacio la membrana que cubría el cristalino, pero el hombre seguía con los ojos abiertos; ni siquiera pestañeó. No podía apartar la vista de Jack. De rodillas en el suelo, el tiempo comenzó a pararse para él. Aunque no vio pasar su vida en unos segundos, porque lo que tenía delante era mucho más absorbente que nada que hubiera ocurrido antes: un asiento en primera fila para su propia ejecución.

Jack le dedicó una leve sonrisa, casi un *adieu*. Y con un movimiento rápido y eficaz le metió el cuchillo en el ojo, atravesando la materia gris y blanda hasta que llegó al hueso en la zona posterior del cráneo. El hombre sacudía el cuerpo y temblaba mientras Jack giraba la hoja clavada en su cabeza y la retorció; ensartándole el cerebro, poniendo fin a todos los temores, los pensamientos y los recuerdos, hasta que se le fue la vida igual que una señal luminosa que desaparece en la distancia... del todo y para siempre.

Jack salió del dormitorio y apagó la luz. Henry Pierce lo miró embelesado. Costaba hallar una gota de sangre en el abrigo de pelo de camello, largo, hecho a medida. Pierce ya sabía lo que venía a continuación. Aunque no era lo que se dice rutina, así lo habían hecho otras veces. Jack salía y le dejaba trabajar: limpiarlo todo y deshacerse de los cuerpos. Tenía las herramientas en el coche. Había que cortarlos en trozos y arrojarlos al mar. Pierce hizo sonar los nudillos enfundados en los guantes de cuero negro, lo que quería decir que estaba preparado para la tarea.

Pero Jack no salió para dejar que Pierce hiciera su trabajo, sino que sostuvo en alto el cuchillo y lanzó a Pierce una mirada desafiante. En un acto reflejo, este agarró el arma que le tendía. Aquel

gesto inesperado de Jack lo desconcertó, y arrugó confundido la pronunciada frente. No sabía qué tenía que hacer, así que le miró esperando instrucciones.

Jack no dijo nada. Sacó la pitillera de plata, cogió otro de sus cigarrillos franceses, se lo llevó a los labios y lo encendió con el mechero de oro grabado. La llama iluminó el pasillo en sombra. Jack inhaló el humo denso del tabaco, luego lo expulsó como una orden hacia la puerta.

Pierce salió de su estado de confusión; había pillado el mensaje. Tenía gotitas de sudor en el labio de arriba. Se limpió rápidamente con el dorso de la mano enguantada. Sabía que Jack podía tomarlo por una debilidad, algo parecido a una insubordinación, como si cuestionara su buen juicio. Asintió tres veces con la cabeza, poniéndose serio, dando a entender que era lo correcto. Lo inevitable. Cuando iba por la tercera vez, se preguntó por qué no lo había pensado él. Pero así era Jack, siempre un paso por delante. Aquello los ataría con lazos de sangre, como una operación conjunta que los acompañaría a los dos a la tumba. Pierce paladeó esa idea morbosa. Agarró con más fuerza el cuchillo; la mano aún le temblaba. Pensó que hasta Jack le perdonaría aquella debilidad sin importancia, teniendo en cuenta la tarea que tenía por delante...

Jack salió del piso. Pierce oyó los pasos desiguales alejándose, escaleras abajo. Luego fue hacia la puerta del dormitorio y pegó el oído. Solo escuchó el sonido entrecortado de su propia respiración. Volvió a abrir la puerta. Dentro estaba todo oscuro, como si no hubiera ventanas. No entraba luz de las farolas de la calle, ni de la luna en cuarto creciente. Pero la oscuridad, y lo que sea que habite en ella, nunca fue un problema para Henry Pierce. Vestido todo de negro, como siempre, hasta sentía cierta afinidad con las sombras.

El cuchillo ya no le temblaba en la mano cuando cruzó el umbral y cerró la puerta tras él...